

La encuesta dialectal como narración y el modo de preguntar en el *ALEA**

Gonzalo Águila Escobar (Universidad de Granada)

Introducción

Ricardo Piglia¹, en su fabulosa y jugosa conferencia en el Congreso Internacional LETRAL. *La literatura latinoamericana en España y la literatura española en América...*, celebrado en diciembre de 2009 en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, a la que tuve el inmenso placer de asistir y más tarde volver a ella, —esta vez mediante grabación—², el gran autor argentino nos habló del arte de narrar, de la actividad cotidiana y espontánea de contar historias, pues según Piglia, todos somos expertos en la narración porque intercambiamos historias continuamente. “Un día en la vida de cualquiera de nosotros está hecho de lo que contamos y nos cuentan”, y a un relato se le responde con otro relato y así los relatos se encadenan. —¿Qué viste, qué pasó?— “Uno viaja para narrar a la vuelta”, y según esto, la narración le da significación a la singladura. —Contame—, y partir de esta provocación, comienza y se origina el relato, uno de los elementos de la relación social más importante que no busca sino hallar el secreto que se esconde detrás de una historia. Narrar es una experiencia espontánea e inmediata. Y en este punto de la conferencia, Piglia musita entre rehiladas al sociolingüista Labov y a su estudio sobre las particularidades del lenguaje en el gueto de Harlem y nos cuenta cómo al intentar grabar a los testigos/testimonios de ese uso del lenguaje, se da cuenta de que si les pide que hablen, va a ser muy difícil lograr la espontaneidad que él necesita; entonces se le ocurre una idea lateral y les pide que le cuenten el día en que su vida estuvo en peligro. Entonces, cuando él les graba, esos textos se olvidan totalmente de la intención de construir un libro sobre los usos del lenguaje y comienzan a tejer una red de relatos sobre el momento

* Este trabajo es el resultado de las investigaciones que se está llevando a cabo en el proyecto I+D VITALEX (FFI2011-27811): “Vitalidad léxica y etnográfica en La Alpujarra (1950-2013). Análisis de la vitalidad del léxico en La Alpujarra en comparación con el *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía (ALEA)*”.

¹ No es casual ni azaroso que empiece este trabajo con el nombre de Piglia: él y su aguda observación al método del peligro de Labov fueron los detonantes de esta reflexión de la encuesta como una forma de relato y la pregunta como inicio.

² No se ha publicado esta conferencia, de ahí que la referencia que hago a ella se basa en la grabación que los organizadores del curso muy amablemente me han hecho llegar. Los entrecomillados de esta parte introductoria que no tienen cita, corresponden a las palabras narradas en la conferencia de Piglia.

determinado en que sintieron que su vida estaba en peligro. Para Piglia, en estas historias se perciben y se hallan muchos de los procedimientos que están en Chejov, que están en Tolstoi, pues muchas veces, de un modo directo, se reproduce esta suerte de artimañas o estrategias que la narración literaria emplea.

“La ciudad es un trama de relatos, que circulan”, afirma Piglia, y “la encuesta dialectal es una suerte de narración”, encadenado yo: la encuesta dialectal es un diálogo entre el investigador y el informante. La encuesta es el modo de acceder a las historias lingüísticas, etnográficas y sociales de los hablantes y en este sentido, reafirma Villar Pacheco (Villar, 148) a propósito de su análisis lateral de la encuesta dialectal:

El ser humano es un narrador nato. Por costumbre y necesidad irreprimible, como lo califica L. Juanatey (2000: 12), nos pasamos parte de nuestra vida contando y relatando historias, tanto reales como imaginadas, propias y ajenas [...] contar ha sido para el ser humano algo inherente y una necesidad vital y social que tradicional y universalmente ha hecho de forma oral... (Villar, 148).

En consecuencia, concibe la encuesta como diálogo y narración y reflexiona sobre la entrevista dialectal en la que no solo es importante la respuesta, sino también los juicios, comentarios, actitudes, creencias, etc., es decir, todo lo que rodea al acto comunicativo de una encuesta. Y este diálogo, este relato dialectal construido por ambas partes comienza por una pregunta o, mejor dicho, por infinitud de preguntas: en el caso del *ALEA*, en torno a 2300.

Aquí empieza todo, pues toda narración requiere de ese “contame”, de alguien que quiere o bien es instado a que cuente algo (informante), y alguien que quiere escuchar lo contado (investigador). No obstante, en el caso de la encuesta dialectal que nos atañe, esta no es libre del todo pues el narrador, el que responde, no es soberano en su totalidad, sino que responde libre, pero de acuerdo a unas preguntas previamente establecidas. Digamos que la encuesta dialectal sobre las que vamos a trabajar es una encuesta que llamamos dirigida, esto es, con un cuestionario previamente establecido, con unas preguntas predeterminadas, de manera que los datos obtenidos puedan ser perfectamente comparables y enmarcados en un conjunto de estudios que tiene como fin el análisis de la variación lingüística espacial a través de mapas lingüísticos; como en el caso de Labov, su objetivo era estudiar el inglés de Harlem, o mejor dicho, la estratificación social del inglés en la ciudad de Nueva York. Por tanto, todo empieza con una pregunta que espera una respuesta.

En el tiempo en que asistí a la conferencia del autor de *Respiración*

artificial, respiraba yo por entonces entre atlas lingüísticos y preparaba el proyecto Vitalex para el estudio de la vitalidad léxica, no en Nueva York, sino en una serie de pueblos típicos y tópicos de la sierra granadina, que han llamado la atención durante siglos a escritores, lingüistas, etnógrafos y antropólogos de todos los lugares: me refiero, sin duda, al conjunto de La Alpujarra. Muy resumido, diré que el proyecto pretende analizar el léxico al trasluz del paso del tiempo y en contraste con el *ALEA*, determinando qué unidades léxicas han perecido o cuáles se mantienen, relacionando todo ello con la realidad material y cultural. Para tal análisis, contamos con la publicación en los años 60 del *ALEA*, lo que nos ofrecía la posibilidad única del acceder al relato que tuvo lugar en los años 50, y en ese relato, no solo se narra cómo hablaba la gente en esta época, qué usos sintácticos tenían o qué palabras empleaban, sino que nos permite acceder a las costumbres, creencias y tradiciones de la época, gracias al carácter etnográfico de estas obras y, como no, a la realidad social inherente del lenguaje. Para tal empresa, la idea era y es llevar a cabo las mismas encuestas en los mismos pueblos, con el fin de poder comparar la evolución del léxico desde los años 50 hasta la actualidad (estudios en tiempo real). Ahora bien, esta comparación debe hacerse en condiciones metodológicas idénticas y para ello, es necesario que las encuestas reproduzcan lo más fielmente posible el diálogo que tuvo lugar hace más de medio siglo, lo que requiere que las preguntas, que constituyen el punto de partida de esta narración dirigida, se hagan a imagen y semejanza a las de antaño. Disponemos para tal fin de la formulación explícita de las preguntas del *ALEA*, que figuran en cada una de los mapas que lo componen. Así, para saber qué era un anafe, se preguntó del siguiente modo: “¿Cómo se llama el hornillo de hierro, barro, chapa u otra materia que se puede llevar de un lado para otro y en cuya boca se pone la cazuela o puchero?”. Poco a poco, fui componiendo el cuestionario que se empleó en las encuestas en donde iba anotando una a una todas estas preguntas, de manera que a la par que iba tecléandolas, comencé a reflexionar sobre ellas, sobre su forma, su factura, y especialmente, sobre su contenido y comentarios adlátere, que traslucían todo un reflejo social de la época, un retrato costumbrista de la vida de aquellas gentes. Así fue como decidí escribir estas líneas, con el firme propósito de analizar el modo de preguntar en el *ALEA* desde una perspectiva metodológica (dentro de la Geolingüística), lingüística y social, a la vez que reflexionar sobre las preguntas dentro de la historia y la metodología de la Geolingüística, desde las encuestas por correspondencia, a las encuestas *in situ*.

La encuesta como diálogo y método: de las *enquêtes par correspondance* a las *enquêtes sur place* y al uso del cuestionario

Alvar (2007), a instancias de Antonio Narbona, publica un trabajo científico (*Para la historia del ALEA*) o más bien, un ejercicio de memoria, de recuerdos muy personales en torno a la gestación de uno de sus hijos académicos más queridos, el *ALEA*. En este trabajo, el aragonés va hilando el devenir de su vida desde el Seminario de Lingüística Románica en Salamanca, hasta su Cátedra en Granada y sus múltiples viajes en los que fue asimilando y acopiando todo el saber necesario para iniciar una empresa de tal calibre. En uno de estos viajes, llega a Marburgo y conoce al profesor Mitzka, quien le aleccionó sobre el método de las encuestas por correspondencia, de las que comenta que “acaso algún día necesitaría emplear”. Y así fue, para *El léxico del español de América* (1966), “ante la imposibilidad de trabajar *in situ*” (Alvar 1966a: 4), decide recurrir a la encuesta por correspondencia, la cual, a pesar de las múltiples críticas que se han vertido sobre ella, afirma que también ha dado buenos resultados (Gauchat, Jean Jaquet o Tapolet).

Así empezó todo. La encuesta dialectal comienza en un primer momento desde la distancia, el diálogo se establece en forma de cartas de ida y vuelta, que tienen la inmensa ventaja de ser cómodas, rápidas y poco costosas (Pop, 1133); por el contrario, no se controla el lugar, los términos o la forma en la que se contesta, de ahí la cautela ante los resultados que advierte Sever Pop (Pop, 1135). Quizá sean las encuestas por correspondencia del abad Grégoire (1790) las más conocidas, el cual quería profundizar en el estado de los *patois* franceses a favor de la unidad lingüística del país. Pop recoge un fragmento de la circular que enviaba a los distintos pueblos franceses:

Monsieur, Permettez-moi de vous adresser une série de questions relatives au patois et aux mœurs des gens de la campagne, en vous priant de me donnertous les renseignements demandés, et même de me procurer tous les ouvrages intéressants écrits en ce dialecte... Ces questions ayant un but d'utilité publique, j'aime espérer que vous ne me refuserez pas vos lumières... agrééz d'avance les sentiments de reconnaissance avec lesquels je serai, Monsieur, votretres-humble et tres-obéissant serviteur, Grégoire, curé d'Emberménil, député à l'Assemblée nationale (Pop, 7).

Grégoire acompañaba esta circular de 43 preguntas en torno al uso de la lengua francesa y de los *patois*, así como de otro tipo de cuestiones menos lingüísticas como el efecto moral que produce la actual revolución (se refiere lógicamente a la francesa de 1789) entre los campesinos, o si

si los clérigos y los nobles antiguos no están sometidos a insultos e injurias graves por el campesinado o por los alcaldes del municipio.

Un tiempo después, será otro religioso, el abad Rousselot (1887) quien recomiende, esta vez, recoger los materiales dialectales en una conversación en *tête-à-tête* con amigos o parientes:

Grâce au laisser-aller de la conversation, on peut faire les observations les plus profondes, recueillir les faits les plus curieux, pénétrerdans les secrets de la syntaxe, cette partie la moins connue des langues. Alors tout est précieux à noter: les fautes, les hésitations, les corrections (Pop, 42).

Aún más, llega a recomendar que se asista a las conversaciones de los campesinos, sin que ellos lo sepan.

Asistimos, por tanto, a un deslizamiento importante de la realización de las encuestas desde la distancia, a las encuestas *sur place* ya la conveniencia de estar presente cuando el diálogo y la narración tienen lugar para anotar todo lo que acontece. Pero aún habrá que dar un paso más en la metodología de encuesta, pues Rousselot aún no emplea un cuestionario propiamente dicho, aunque sí parte de una conversación dirigida, con el fin de recoger todas las palabras dialectales. Aunque Pop (Pop, 1136) insiste en que una encuesta con cuestionario no difiere mucho de la conversación dirigida, lo cierto es que el trabajo de campo adquiere plenitud con la incorporación del cuestionario como elemento esencial del método geolingüístico: “No todos los investigadores utilizan un cuestionario, pero los geolingüistas sí suelen hacerlo, para asegurarse de que van a preguntar por los mismos conceptos de la misma manera en todos los puntos de la red, porque esto constituye la esencia de su investigación” (García/Moreno, 334). Así lo estimaron mucho antes Bruneau, Menéndez Pidal, Gauchat y Meillet. La implementación de los cuestionarios fue haciéndose paulatinamente y estos han ido evolucionando con el paso del tiempo, desde los que se ordenaban alfabéticamente y solo contenían aspectos fonéticos, hasta los actuales y más completos, que se ordenan por materias o campos semánticos y contienen preguntas de los tres niveles, aunque, en líneas generales, suelen centrarse en el vocabulario.

Independientemente del tipo de cuestionario de cada atlas, no obstante, todos los teóricos coinciden de manera unánime en un hecho: para poder establecer comparaciones y trabajos transversales entre distintas zonas e incluso lenguas, es necesario establecer una base común:

Pues la finalidad principal de todos los atlas lingüísticos, que va más allá de lo regional y de lo nacional, tiene que se crear las condiciones indispensables para facilitar la comparación entre los dominios lingüísticos de

la misma extensión (Jaberg, 60).

Es tal la importancia de este denominador común, que Jaberg dedica el capítulo IV de sus *Estudios de Geolingüística* a disertar “sobre la coordinación de los cuestionarios de los atlas nacionales y regionales”, e incluso aboga por un compromiso decidido del investigador para que “organice una parte de sus cuestionarios con vistas a sus propios objetivos, y elabore la otra parte de acuerdo con el cuestionario general” (Jaberg, 69). Este compromiso es adquirido plenamente por la Asamblea de Instituciones Hispánicas celebrada en Madrid en 1963 y que recomienda el uso de los cuestionarios del *ALEA* y del entonces *ALEAr* (actual *ALEANR*) para cualquier atlas del dominio hispánico (Alvar 1968: 168).

Conviene, pues, con objeto de poder establecer ulteriores conexiones, que cada director de un nuevo atlas regional dé cabida en sus cuestionario a un nutrido número de preguntas de las que figuran en los precedentes (Alvar 1991: 373).

Esta conveniencia o deseo, se concreta en una verdadera tradición, en un efecto de muñecas rusas que comienzan con el *ALF* (*Atlas lingüístico de Francia*) y el *AIS* (*Atlas italo-suizo*), y que con adendas propias y autónomas de cada atlas, mantienen una base común que permite la relación e interconexión entre ellas. Un caso concreto: el cuestionario del *ALEANR* se hace a partir de un vaciado del *ALEA* (incorporando su tradición), pero como afina Alvar (Alvar 1991: 344) “bien entendido, no ciegamente”. Esto quiere decir que se han tenido en cuenta también las particularidades de la zona, así como toda la tradición local anterior, como los estudios de Rohlf, Kuhn Schmitt, Elcock o el propio Alvar.

—Contame—: la pregunta dialectal como iniciador del relato

No hay respuesta sin una pregunta (la inversa sí puede darse) y diálogo que no se origine con un “contame”: “Contame cuál es ese animalejo verdoso parecido al cigarrón que se encuentra entre la hierba en actitud semejante a la del que reza”. Una vez que hemos elaborado el cuestionario, este es un cuaderno de trabajo con una lista de palabras y conceptos con huecos entre ellos que el investigador debe ir rellenando mediante el diálogo dialectal con el informante. Este diálogo también tiene que seguir unos parámetros metodológicos, pues recordemos que había que preguntar por los mismos conceptos de la misma manera en todos los puntos de la red¹,

¹ Señala Chambers/Trudgill (1994: 47) que los encuestadores americanos, frente a los ingleses, disponían de total libertad para formular las preguntas como quisieran, con tal

para que los materiales recogidos sean comparables, pues “se sabe que si la pregunta cambia, la respuesta también. Uno podría demostrarlo haciendo la misma pregunta varias veces, cada vez de forma diferente” (Pop, 1141). Pellis (*apud* Pop, 604) defiende la uniformidad del modo de preguntar, frente a la opinión de Bottiglioni, y Rabanales (Rabanales, 80) añade una ventaja más de la uniformidad de las preguntas al considerar que salvaguarda la unidad de la investigación cuando existen varios encuestadores. De hecho, sabemos que Alvar y Salvador ensayaban y convenían con antelación los detalles de la encuesta y de la transcripción fonética. En nuestro caso, aún más, la necesidad de preguntar del mismo modo que lo hizo el ALEA es una imposición metodológica doble, si deseamos que los datos sean comparables.

El modo de preguntar también ha ido evolucionando con el paso del tiempo. En un primer momento, el método directo era el más empleado, y así fue como procedió Edmont para el ALF: ¿Cómo llama usted a una “taza”?, ¿cómo pronuncia usted “cincuenta”? Wenker mostraba el alemán estándar y pedía las variantes regionales (Chambers/Trudgill, 46). Este proceder tenía la ventaja de su rapidez, lo que le permitió a Edmont recorrer en poco más de cuatro años toda Francia y realizar 700 entrevistas en 639 pueblos (Chambers/Trudgill, 49); por el contrario, el inconveniente más importante es que estamos ofreciendo una respuesta a una pregunta, lo que claramente influirá en el informante, lo que producía calcos del francés en la obra de Gilliéron (Dauzat, 25). Aunque esta práctica ha quedado relegada por el método indirecto, lo cierto es que para algunos investigadores aún tiene alguna utilidad: para Salvador hay que aplicar el método directo pero con flexibilidad, pues

¿Es que no va a ser lícito con un sujeto que no recuerda, por ejemplo, la voz local para ‘requesón’, después de habérselo explicado con el rodeo preciso y de haberse enterado de lo que se trata, proponerle las cuatro voces que sabemos posibles en la región: *requesón*, *recocio*, *tabefe* y *nazura*? (Salvador, 58).

Lícito o no, lo que sí será pertinente en este caso será anotar la respuesta como “inducida”, pues no tiene la misma validez que otra a la que se ha llegado por el método indirecto.

El método indirecto pretende allegar la palabra evitando su enunciación directa y la de cualquier posible respuesta relacionada. Esto supuesto, la

de que llegaran al concepto que se buscaba. No obstante esta libertad, reflexionan ambos lingüistas sobre la posibilidad de que acabaran repitiendo aquellas preguntas que estaban funcionando en las encuestas y, por tanto, haciendo finalmente un uso formal del cuestionario.

pregunta directa de Edmont sobre la taza podría haberse hecho de esta otra manera: “¿Dónde sirve o bebe usted el café?”¹ El método indirecto cuenta con muchos procedimientos y no solo con la pregunta: ‘

1. La deixis icónica o mostración directa consiste en señalar aquello que queremos conocer. Para ello se emplean los objetos que están a la vista, como la vestimenta del investigador, los muebles que componen el habitáculo donde tiene lugar el diálogo, etc. Este método de rápida respuesta y en él no media la contaminación del lenguaje del encuestador, aunque es de uso muy reducido, pues se limita a lo visible.

2. La mímica también es muy habitual: si queremos saber cómo se llama en ese lugar a la acción de ponerse en cuquillas, podremos imitarla fácilmente, o por ejemplo, reproducir el estornudo o el hipo.

3. El empleo de láminas, dibujos, miniaturas, fotografías, etc. (mostración indirecta) es otra forma de inquirir. Así, es normal que en las encuestas, los investigadores lleven consigo una bloc de láminas, alguna reproducción en miniatura de un carro o un arado, herbario con semillas, plantas, flores, etc., y enseñándoselo al informante, le pregunte “Comment appelez-vous l’animal, la plante, etc. que vous voyez?” (Pop, 694). La relativa facilidad que imprime este uso y el escaso empleo del lenguaje como intermediario, hizo que muchos investigadores lo acogieran con agrado. Es el caso del *Atlas lingüístico de los dominios catalanes (ALDC)* de Badía, Pons y Veny (Badía/Pons/Veny, 12), que intentaron aplicar el *Pictoriallinguistic interview manual (PLIM)* de Stanley M. Sapon; y Rabanales (2004) para sus encuestas de la norma culta de Santiago, para las que se sirvió del *Duden español. Diccionario por la imagen*, de manera que ante una lámina de un gladiolo, se le preguntaba ¿qué es esto? Sin embargo, el empleo de estas láminas, dibujos y fotografías debe hacerse con comedimiento y juicio, pues a menudo, lejos de solventar problemas y aligerar tiempo, son un verdadero impedimento y puede que no las palabras recogidas no correspondan con la realidad material (Alvar 1968: 170): así lo reflejó la experiencia del *ALDC* que al final terminó prescindiendo del *PLIM*, o la experiencia con el *ALM* y el *Léxico de los marinerismos peninsulares (LMP)* que, ante la imposibilidad de enseñar directamente los peces, mostraban láminas que los informantes pescadores no acababan de identificar, ya que los rasgos esenciales como el color, la forma, las aletas, los ojos, etc. estaban difuminados y eran irreales. En las encuestas iniciales del proyecto Vitalex pude comprobar por mí mismo la dificultad que supone el empleo de estas fotografías; mi inexperiencia me llevó a usar una fotografía de la albahaca: la fotografía era pequeña, las hojas apenas se

¹ Lógicamente, el método indirecto es más complicado y arduo, y exige una afinación importante de la pregunta, pues ante esta cuestión enunciada sobre taza, el informante bien podría responder vaso u otro recipiente de semejantes características.

percibían y, lo más importante, no olía. No había respuesta o la confundían con otra planta, así que pensé en su utilidad, y expliqué que olía mucho y que ahuyentaba los mosquitos, y la respuesta fue inmediata.

4. El modo más común y predominante en las encuestas dialectales es la pregunta indirecta. Como expresa Rabanales (Rabanales, 81 y ss.), las preguntas deben ser claras y libres de toda ambigüedad, que no hagan obvias las respuestas, lo menos técnicas posibles y que no contengan significantes previsibles de aparecer posteriormente en la encuestas. Asimismo, estas preguntas deben ser parciales y no totales y presuntivas (¿se llama horno al lugar donde se cuece el pan?) y, aunque predominan las de carácter metalingüístico (¿cómo se llama el lugar donde se cuece el pan?/1 Comment appelez-vous celui que fait les vêtements? Pop, 604), es preferible que sean lingüísticas (¿dónde se mete el pan para cocerlo?/ qu'est-ce qu'on met dans le lait pour faire le fromage?, Pop), pues se indaga sobre las cosas y no sobre el nombre de las cosas. Por último, las preguntas suelen ser, en la mayoría de los casos, una miscelánea de descripción y usos pragmáticos (la albahaca ahuyenta los mosquitos y las aves de rapiña se comen las gallinas), y se suelen aunar con otros procedimientos como la mostración directa o indirecta: ¿Cuando uno está resfriado y hace esto (imita un estornudo), qué es?

Es interesante destacar también una forma de preguntar que es de gran utilidad especialmente para la fonética y la morfosintaxis, que es comentada por Navarro Tomás (Navarro, 18) en su *Cuestionario lingüístico hispanoamericano* y que consiste en la “fácil conexión de unos conceptos con otros”: lo contrario de alto, bajo; uno, dos y..., después de abril viene...; etc. De este modo procede también Borrego Nieto cuando formula el siguiente enunciado: “Niño, coge el tenedor, no comas con los...” (Borrego, 299).

Si bien, la mejor de las encuestas, es aquella que no incide de manera concreta en cada uno de los conceptos, sino que, valiéndose de la agrupación semántica, plantea la entrevista dialectal como un diálogo semi-dirigido en el que, a través de un pregunta muy general, va rellenando todos los huecos del cuestionario. Esto es, si requerimos las unidades relacionadas con la elaboración del queso, podemos partir de una pregunta abierta y general, “Contame como se hace el queso en esta tierra”, y posteriormente, volver sobre los huecos que, si se ha procedido bien y el informante es cooperador, deberán ser pocos.

Por último, y suele ser muy común en estas encuestas, es la grabación de una conversación final bastante libre, en la que se le suele hacer una pregunta muy general en torno a las costumbres, creencias, fiestas, etc. (etnotextos), pero también sobre enfermedades o problemas familiares, porque —según García Mouton y Moreno Fernández (García/Moreno, 640)—, esto supone una implicación afectiva que hace que el informante

se olvide del micrófono y de su propia lengua, centrándose en lo que dice, y volvemos una vez más a Piglia y Labov.

En resumen, la pregunta es el inicio del relato, el que da pie a las respuestas de los hablantes y que requiere, al igual que el cuestionario, de una perfecta sincronía entre las distintas encuestas de un mismo atlas, y de una dilatada base común con otras obras. Quiere decir esto que, además del cuestionario, los investigadores también debieran adquirir el compromiso de formular las preguntas de manera aproximada si no queremos que los datos sean incomparables. Sin embargo, esto resulta difícil en la medida en que apenas ninguna obra suele incluir o explicitar en sus líneas o en trabajos laterales el modo de formular las preguntas. Una vez más, el *ALEA* vuelve a ser pionero entre los atlas españoles y, junto al *ALEICan*, son los dos únicos que incluyen la pregunta en cada uno de los mapas, pues el *ALPI* no lo hace. Algunos cuestionarios nos dejan algunos rastros y restos de lo que pudieron ser las preguntas, como el proyecto y cuestionario del entonces *ALEAr* (Alvar 1963a; Alvar, 1963b), en donde, de manera aleatoria, aparecen algunas definiciones o sinónimos de ciertas unidades: ej. posío: “tierra de labor que se deja descansar sin ser labrada, sirviendo mientras tanto, de pastizal”; vaguada: “valle con arroyo”; uncidera: “correa o cuerda que sujeta los extremos de la collera”; cangilón: “alcaduz”, etc. En el cuestionario que Alvar (1966a) envía para llevar a cabo su encuesta por correspondencia para el léxico hispanoamericano, hay algunas orientaciones sobre la pregunta: moreno: “pelo negro”; mordisco: “el perro me ha dado un...”; tuétano: “lo que sale de dentro al chupar un hueso”, maleta: “valija, velís, etc.”; fucilazo “relámpago sin trueno”, etc. Por último, los preliminares al cuestionario del *ALDC* nos informan acerca de la existencia de lo que los autores (Badía/Pons/Veny, 13) llaman *qüestionarie explicat*, un cuestionario maestro de uso interno entre el equipo de investigadores y que servía precisamente para unificar criterios en el modo de preguntar, pues incluía fotografías y láminas, variantes dialectales (cassola, mallorquí “greixonera”), traducción en otras lenguas y, como no, definiciones sencillas e impresionistas: ej. ségol (‘centeno’) “cereal alt; fa el panegre i massís”.

Las preguntas en el *ALEA*: análisis lingüístico y extralingüístico

Como ya hemos ido advirtiendo a lo largo de estas líneas, el *ALEA* es un atlas singular en muchos sentidos. Para empezar es el primero de Alvar y el primero de una larga lista de atlas regionales españoles, y esto le confiere la hegemonía del primogénito, aquel que ejerce influencia y marca el devenir del resto, y el que tiene que abrir camino. Guillermo Araya (*Apud* Alvar 2007) dirá que “en medida menor o mayor, todos los atlas hispánicos que vengan a

continuación serán el resultado de investigaciones inspiradas u orientadas por el *ALEA*. [...] es para el mundo hispánico lo que el *ALF* para el románico”.

Ya lo hemos dicho, el *ALEA* es único también porque, junto al *ALEI-Can* y el *ALEANR*, incluye en cada uno de sus mapas las preguntas que se formularon. Esto nos ofrece una posibilidad única y exclusiva y que alcanza un valor excepcional para nuestro proyecto Vitalex: nos permite proceder de la misma manera a la hora de formular las preguntas, lo que nos reduce el margen de error y da plena validez a nuestras comparaciones. Con esta clara intención, he compuesto el cuestionario Vitalex en el que figuran cada una de los conceptos y formas del cuestionario original, así como las preguntas y comentarios que las acompañan. Al ir introduciendo cada uno de los datos en una base relacional, tarea ardua y necesitada de tiempo y paciencia, fui analizando cada una de las preguntas que en su día hicieron Alvar, Salvador y Llorente, así como las anotaciones que acompañan a cada una de ellas. Aquí dispongo algunas de estas reflexiones.

Cuestiones formales y metodológicas

Empecemos por cuestiones intrascendentes y anecdóticas, pero que no pasan desapercibidas: en algunas de las preguntas hallamos erratas ortográficas que bien pudiera responder a esa mala experiencia con el grabador rociero de Sevilla que tantos quebraderos de cabeza le trajo a Alvar (2007):

Acción: cuando una persona a(sic) hecho a otra una faena grave se dice que ha cometido una mala...

Anoche llegó Felipe (fulano): para expresar que la noche anterior a (sic) llegado Felipe, decimos...

Aunque el método empleado para las preguntas es el indirecto, encontramos algún caso muy aislado de pregunta directa:

Chavea: ¿se usa aquí la palabra chavea? ¿Cómo dicen ustedes?; ¿qué palabra correspondiente a chavea se utiliza aquí?

Abejorro: se dice que el abejorro rubio trae buenas noticias, mientras que el negro portador de desgracias.

Predominan en el conjunto preguntas metalingüísticas que se inician con un “cómo se llama” o “cómo se dice”, aunque también encontramos

del tipo lingüístico, bien mediante definición u otros medios:

Tragón: ¿cómo se llama al que no se ve nunca hartado de comer?

Cerner la uva: ¿cómo se dice cuando cae la flor y empieza a salir la uva?

Hucha: cacharro para guardar dinero, que tiene una ranura por donde se introducen las monedas.

(Estoy en) ayunas: cuando uno todavía no ha tomado nada después de levantarse dice: estoy en...

A veces no figura pregunta alguna. Esto se debe a que el mismo concepto puede servir para formularla (allanar la tierra arada/sembrar a voleo), o bien por motivos que desconocemos. Lo cierto es que en el *ALEICan*, por el contrario, sí registra la mayoría de ellos:

Guindilla: *ALEA* Ø/ *ALEICan*: Ø

Secano: *ALEA* Ø/ *ALEICan*: terreno que no se puede regar por falta de agua.

Regadío: *ALEA* Ø/ *ALEICan*: terreno que tiene agua para el riego.

Espantapájaros: *ALEA* Ø/ *ALEICan*: monigote que se pone en los sembrados para que los pájaros no vengán a picar en las plantas.

Rastrojo: *ALEA* Ø/ *ALEICan*: ¿cómo se llaman los pedazos de espiga que se quedan agarrados al suelo?

Apreciamos igualmente un uso bastante asiduo de las palabras *ómnibus* “chisme” y “cosa”, cuando se quiere hacer referencia a un trasto pequeño, especialmente en los útiles de la cocina y el hogar, así como de otros objetos pequeños, o a cualquier otro referente:

Seso de la lumbré: ¿cómo se llama el chisme de hierro con un rabo, y forma de media luna, en el que se apoyan los pucheros en la lumbré?

Honda: chisme que tienen (o tenían antes) los pastores y vaqueros para lanzar piedras al ganado y que también usan algunos niños como juguete.

Nubes (s): ¿cómo se llaman esas cosas blancas y oscuras que hay a veces en el cielo y nublan el sol?

Arco iris: ¿cómo se llama esa cosa de muchos colores que aparece en el cielo después de haber llovido?

Si bien la mayoría de las preguntas se realizan mediante un enunciado, constatamos la mostración directa e indirecta:

Trompo; peonza: formulábamos la pregunta haciendo un dibujo.

Muesca: corte en forma de semicírculo o de ángulo que se da lateralmente en la oreja (la pregunta solía ir acompañada de dibujo).

(Una) raya: trazábamos una línea sobre un papel, preguntando, ¿qué es esto?

Las sienas: formulábamos la pregunta señalando.

(Ponerse) en cuclillas: preguntábamos haciendo nosotros mismos el movimiento delante del informador.

Calcetín (es): hacíamos la pregunta señalando al informador nuestros propios calcetines.

Algunas de las preguntas están mal formuladas, pues incluyen en ella una posible respuesta, esto es, incluyen lo definido en la definición.

Manirroto¹: derrochador, gastador sin sentido.

Acequia: designación genérica de la acequia o canal de riego.

Aunque el orden de las preguntas en el cuestionario no exige necesariamente esta disposición, tenemos que tener en cuenta que esta ordenación no es la más adecuada en muchos casos. En el ejemplo que proponemos, el grano de la uva (la uva) aparece al final de una relación en la que, sin embargo, hubiera sido necesario aludir a ella desde el principio.

Decía Salvador en 1955 (Salvador 1955: 51) que “sobre la marcha ha sido preciso añadir nuevas cuestiones que las encuestas nos iban planteando”, esto es, el aprendizaje por la experiencia. Esto podemos constatarlo en los comentarios que aparecen junto a algunas preguntas, que a su vez

¹ Para este concepto, coincide Borrego Nieto (Borrego, 300) en la mala formulación: ¿cómo se llama el que lo derrocha todo?

explican la ausencia de respuestas y por ende, los claros del mapa:

Mano del almirez: ¿cómo se llama el chisme que sirve para machacar en el almirez?

[En los puntos donde no figura ningún signo no se preguntó esta cuestión; corresponden a las localidades exploradas en los primeros tiempos de la recogida de materiales, y entonces la pregunta no figuraba todavía en el cuestionario].

Día festivo: ¿cómo se llama el día que no se trabaja?

[Esta pregunta no figuraba en el cuestionario primitivo. La añadimos cuando llevábamos más de la mitad de las encuestas, al darnos cuenta del interés que ofrecían las contestaciones].

Rótula: ¿cómo se llama el hueso que tienen las personas en la rodilla semejante a la taba de los animales?

[Esta palabra no figuraba en el cuestionario; de ahí los abundantes claros en el mapa].

Las notas y comentarios que los autores añaden a algunas preguntas, nos informan acerca de la propia vitalidad del léxico, dato de gran relevancia para Vitalex:

Escudilla: ¿cómo se llama el plato de madera, barro u otra materia basta en el que comen los pastores y se prepara el gazpacho?

[Este tipo de plato ya casi no existe, sobre todo de madera, de ahí, el gran número de puntos sin contestación o con contestación negativa].

Seso de la lumbre: ¿cómo se llama el chisme de hierro con un rabo, y forma de media luna, en el que se apoyan los pucheros en la lumbre?

[En una gran parte de Andalucía el seso ya no se usa; porque la lumbre baja tiende a desaparecer...].

Nochebueno: ¿cómo se llama el tronco grande que arde toda la noche del 24 de diciembre para que los que celebran la Pascua no tengan frío?

[Es una costumbre que se va perdiendo; en muchas localidades ya no se practica].

Refajo: falda interior de abrigo.

[Por ser una prenda en desuso su denominación es desconocida ya en bastantes sitios].

El jueves lardero: ¿Cómo se llama ese jueves, inmediatamente anterior al carnaval, el que la gente del pueblo, sobre todo jóvenes, organiza grandes meriendas después de haber ido pidiendo comestibles por las casas? [Esta costumbre es muy poco corriente en Andalucía, en la actualidad son escasos los pueblos que celebran el jueves lardero, pero por estar casi todos ellos localizados en la misma comarca nos ha parecido interesante desde el punto de vista etnográfico, publicar este mapa de signos, donde se dibuja muy nítidamente el área de conservación de esta costumbre de raigambre española oriental].

Las notas informan también del solapamiento semántico que se produce entre conceptos cuyos significados están muy próximos. Esto es importante tenerlo en cuenta a la hora de la encuesta, para marcar bien los límites:

Expósito: ¿qué nombre se da al niño hijo de padre o padres desconocidos?

[Este concepto se confunde con el de hijo ilegítimo. De ahí la coincidencia de las denominaciones de los dos conceptos en muchos puntos].

Hijo menor nacido tardíamente:

[Este concepto se confunde con frecuencia, con el de benjamín. Además, por el carácter escabroso que suelen tener las denominaciones, en muchos puntos no pudimos vencer el pudor de los informadores para lograr una contestación; de ahí los claros existentes en este mapa].

(Llevar) a cuestras: llevar a un niño montado en la espalda sujetándolo por debajo de los muslos.

[Las contestaciones que figuran en este mapa y las respuestas al mapa siguiente (llevar a hombros) nos muestran la existencia de interferencias entre los dos conceptos a los que hacen referencia, e incluso de identificación en algunos puntos. De ahí el considerable número de contestaciones aparentemente erróneas o paradójicas].

Cuestiones extralingüísticas

El modo de formular la pregunta y los comentarios también nos ofrecen un cuadro de la época, en donde se reflejan las costumbres, creencias, el modo de vida, la situación y los desniveles sociales, etc.

En este lienzo de los años 50, la mujer tenía un papel ligado a las faenas de la casa o su papel público siempre estaba ligado al del hombre, etc:

La mujer del médico: ¿cómo se llama aquí a la que está casada con el médico?

Objeto sobre el que descansan las rodillas (al lavar): ¿dónde apoyan las mujeres la rodilla cuando lavan en el río, en la balsa o en la acequia?

Delantal: ¿cómo se llama la prenda que se ponen las mujeres en la cocina para proteger el vestido, y que se sujeta a la cintura por detrás?

Rodilla (de la cocina): ¿cómo se llama el paño de algodón, semejante a una servilleta basta, que tienen las mujeres en la cocina para limpiarse las manos?

Aljofifa: ¿cómo se llama el trapo o la bayeta con que las mujeres friegan el suelo?

Es significativa la pregunta que inquiriere por la mujer que es coqueta: “Mujer que se arregla y se pinta mucho, y a la que le gusten que le miren los hombres”.

Las costumbres de la vida cotidiana y la jerarquía social, se explicitan en las siguientes preguntas y glosas:

Multa: al que hace una cosa mal, el Alcalde le pone una...

Rey: ¿quién mandaba en España antes de la República?

Dispensa: ¿Cómo se llama la habitación o el mueble donde se guardan los comestibles?

[En las casas modestas generalmente no existe auténtica despensa sino solo una alacena o taquilla donde se guardan los escasos comestibles, generalmente embutido, que el pobre puede almacenar].

Vasija para lavar la ropa: ¿Dónde se lava la ropa, y cómo se llama la vasija que se utiliza?

[En los puntos donde aparece el signo X¹ no se utiliza ninguna vasija para lavar porque esta faena se hace solamente en el río, en una balsa o en una acequia].

Regalo de pedida: regalo que se hacen mutuamente los novios el día de la petición de mano.

¹ No podemos reproducir el símbolo empleado en los atlas de Alvar para marcar que el informante no conoce el concepto.

[Esta costumbre varía mucho de unos pueblos a otros; en bastantes no existe, en algunos es semejante a la costumbre moderna y estándar de las ciudades; en el resto presenta los más variados caracteres confundiendo-se a menudo, con la dote, con el regalo de boda, y con el equipo de novia. Por eso este mapa hay que utilizarlo con prudencia y prevención].

Dote: donación, en dinero o especie, hecha a la novia por sus padres. [Las variedades de esta costumbre son muchas; por otro lado, ha desaparecido totalmente en bastantes puntos. Los informadores no tienen una idea muy clara de esta figura confundiéndola frecuentemente, con el ajuar, el regalo de pedida y el regalo de novia. Los materiales contenidos en este mapa deben ser interpretados y utilizados con prudencia].

Sostén: ¿cómo se sujetan el pecho las mujeres?

[La prenda, de modo sistemático, solo se usa por gentes de media edad o jóvenes, por eso falta la respuesta en algunos sitios o se ha obtenido una información que no es, exclusivamente, la del 'sostén', sino que corresponde al 'justillo', prenda que hacía sus veces].

Por último, muchas de las creencias en torno a los animales, las enfermedades, etc. se emplean en la pregunta como medio inequívoco de acceder al concepto¹:

Paperas: inflamación de la garganta y el cuello, muy peligrosa pues se dice que el que ha sufrido esta enfermedad no puede tener hijos.

Murciélago: ratón con alas que vuela de noche y se emborracha si fuma.

Culebra: ¿cómo se llama ese bicho que se arrastra y trae mala suerte?

Finalmente

En conclusión, podemos decir que la uniformidad metodológica de los cuestionarios y las preguntas es algo necesario y vital para generar relatos dialectales perfectamente comparables entre sí. Si bien todos los investigadores están de acuerdo en esta consideración, el modo de preguntar continúa siendo en la actualidad una faceta poco visible en las distintas obras que, sin embargo, merece la pena ser estudiada. El análisis de la forma de

¹ Comprobamos con las encuestas actuales de Vitalex que hay que tener cuidado con esas preguntas, pues la motivación original de esas creencias está desapareciendo ya o ha desaparecido por completo.

preguntar en los atlas lingüísticos y los comentarios que añaden los autores a estas cuestiones nos ofrecen información muy valiosa sobre su *modus operandis*, así como una información extralingüística de naturaleza social y etnográfica que reflejan el modo de vida de la época, tal y como hemos constatado en el *ALEA*.

Bibliografía

Alvar, M. *Proyecto de un Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1963a.

_____. *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón*. Cuestionario. Sevilla, 1963b.

_____. *El léxico del español de América*. Granada: Dpto. de Geografía Lingüística CSIC, 1966a.

_____. “Cuestionario de láminas (El ALM y las investigaciones de Gran Canaria”. En *Estratto dal Bollettino dell’Atlante Linguistico Mediterraneo*, 8 (1966b): 33-43.

_____. “Estado actual de los atlas lingüísticos españoles”. En Quilis, A./Carril, R. B./Cantarero M. (coords.). *XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, vol. I. En *Revista de Filología Española*, (1968): 151-174.

_____. *Atlas lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias*. Madrid: Arco-libros, 1975-1978.

_____. *Estudios de geografía lingüística*. Madrid: Paraninfo, 1991.

_____. *Para la historia del ALEA*. Alicante: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 2007

_____. Salvador, G./Llorente, A. *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía*. Madrid: Arco-libros, 1961-1973.

Badía, A./Pons, L./Veny, J. *Atles lingüístic del domini català. Qüestionari*. Barcelona: Institut d’Estudis Catalans, 1993.

Borrego Nieto, J. “Salamanca en el conjunto de las hablas de Castilla y León”. En *Revista de Estudios*, 43 (1999): 297-321.

Chambers, J. K./Trudgill, P. *La dialectología*. Barcelona: Visor Libros, 1994.

Dauzat, A. *La méthode des nouveaux atlas linguistiques de la France*. Orbis, IV, 1, 1955. 22-31.

García Mouton, P./Moreno Fernández, F. “Las encuestas del Atlas lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha”. En Lorenzo Vázquez, R. (coord.). *Actas do XIX Congreso Internacional de Lingüística e Filoloxía Románicas*. La Coruña: P. Barrié de la Maza. 1996. 639-648.

González González, M. “Metodología de los atlas lingüísticos en España”. En *IKER*, 7 (1992): 151-177.

Navarro Tomás, T. *Cuestionario lingüístico hispanoamericano*. Buenos Aires: facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1945.

Jaberg, K. *Estudios de Geolingüística. Sobre problemas y métodos de la cartografía lingüística*. Granada: Universidad de Granada, 1995.

Pop, S. *La dialectologie. Aperçu historique et méthodes d'enquetes linguistiques*. Louvain: Université de Louvain, 1950.

Rabanales, A. La encuesta como técnica dialectológica. *Onomázein*, 9, 1 (2004): 75-93.

Salvador, G. (). “Las encuestas del ALEA en 1955”. En Salvador, G. *Estudios dialectológicos*, Madrid: Paraninfo, 1987. 46-60.

Villar Pacheco, J. M. “Relatos conversacionales en la entrevista dialectal. Encuestas en la Sierra de Albarracín (Teruel)”. En *AFA*, LXI-LXII (2005-2006): 139-164.